

quieren únicamente; nadie podrá decir que hayan quitado un maravedí á ningun particular.—Nadie?—Nadie.—Cómo se explica pues que ayer, con el dinero del gobierno se hayan llevado un cartucho de doscientos luses que me pertenecen?—Ya os he dicho, querido, contestó el jóven parroquiano, que en esto habria alguna equivocacion, y que tan cierto como yo me llamo Alfredo de Barjols, os será restituido, un dia ú otro, vuestro dinero.

El tratante en vino dejó escapar un suspiro, moviendo la cabeza de tal modo, que bien se conocia que, á pesar de la seguridad que se le daba, no dejaba de tener sus dudas.

Mas en aquel mismo instante, como si la confianza manifestada por el jóven noble que acababa de descubrir su condicion social pronunciando su nombre, hubiese excitado la delicadeza de los que tan resueltamente defendia, detúvose un caballo á la puerta, oyéronse pasos en el corredor y, abriéndose la puerta de la sala, entra en ella un hombre con máscara armado hasta los dientes.

—Caballeros, dijo en medio del profundo silencio que habia causado su aparicion, hay entre vosotros un viajero llamado Juan Picot, que iba ayer en la diligencia que fué detenida entre Lambesc y Puente-Real?—Sí, dijo el tratante en vino, profundamente sorprendido.—Sois vos? preguntó el enmascarado.—Yo soy.—Os quitaron algo ayer?—Sí, un cartucho de doscientos luses, que habia conñado al conductor.—Y yo debo añadir, dijo el jóven noble, que en este mis-

mo instante estaba hablando de dicha cantidad, que consideraba como perdida.—Pues se ha equivocado, contestó el desconocido, nosotros hacemos la guerra al gobierno, no á los particulares; somos recaudadores, no ladrones; ahí tenéis, caballero, vuestros doscientos luses, y si otra vez os sucediese igual percance, no debeis tener reparo en reclamar, y para entonces acordaos del nombre de Morgan.

Hablando así, depositó el enmascarado un talego de oro á la derecha del tratante en vino, saludando cortesmente á todos los que se hallaban en la mesa, á quienes dejó aterrORIZADOS ó estupefactos tanto atrevimiento.

II.

Un proverbio italiano.

Aunque los sentimientos que acabamos de indicar son los que dominaron en la reunion, no se manifestaron de igual modo en todos los circunstancias. Fueron mas ó menos notables, segun el sexo, la edad, el carácter, y hasta la posicion social de las diferentes personas que presenciaron aquel acto de extraordinario arrojo.

El tratante en vino, Juan Picot, principal interesado en la escena que acababa de tener lugar, reconociendo á la primera mirada, por el traje, las armas y la máscara, á uno

de los que habian detenido el dia anterior el coche en que viajaba, sintióse á su aparicion poseido del mayor estupor; mas conociendo poco á poco el motivo de la visita que le hacia el misterioso bandido, habia pasado del estupor á la alegría, recorriendo todos los grados intermedios que separan estos dos sentimientos. Tenia á su lado el talego de oro y no se atrevia con todo á tocarlo: temia tal vez que al momento en que estendiese hácia él la mano, se desvaneceria como el oro que uno cree tener en sueños y que desaparece al momento de abrir los ojos, durante este período de progresiva lucidez que separa el sueño profundo del completo despertar.

El gordinflon de la diligencia y su esposa habian manifestado, al igual que los demás viajeros que iban en el mismo coche, el mas visible y completo terror. Sentado á la izquierda de Juan Picot, al ver acercarse el bandido al tratante en vino, á fin de mantenerse á una conveniente distancia del compañero de Jehú, corrió su silla hácia la de su esposa, quien cediendo á este movimiento de presion, intentó apartar tambien la suya. Pero como la que seguia era la del ciudadano Alfredo de Barjols, quien nada debia temer de unos hombres que le merecian tan buena y aventajada opinion, la silla de la espantada señora encontró un obstáculo en la inmovilidad de la del jóven noble, pues lo mismo que sucedió en Marengo, ocho ó nueve meses despues, cuando el general en jefe juzgó que ya era tiempo de volver á tomar la ofensiva, contuvo el movimiento retrógado.

En cuanto á Alfredo de Barjols, conocíase en su semblante, lo mismo que en el del abate que habia dado la explicacion bíblica por lo tocante al rey de Israel Jehú y á la mision que habia recibido de Eliseo, no solo que no abrigaba temor alguno, sino que aguardada aquel suceso, por muy inesperado que pudiese parecer. Habia, con la sonrisa en los labios, seguido la mirada del enmascarado; y si todos los presentes no hubiesen concentrado su atencion en los dos principales actores de la escena que ante ellos pasaba, habrian podido reparar una seña, casi imperceptible, entre el bandido y el jóven noble, que se reprodujo al mismo instante entre este y el abate.

Por su parte los dos viajeros que hemos introducido en la sala y que, como hemos dicho, se hallaban aislados al extremo de la mesa, habian conservado la actitud propia de sus diferentes caracteres: llevó instintivamente el mas jóven la mano al costado como para buscar un arma que no tenia, levantándose como movido por un resorte para arrojarle sobre el de la máscara, lo cual no habria dejado seguramente de hacer si hubiese ido solo; pero su compañero, que parecia tener no solamente la costumbre sí que tambien el derecho de imponerle su voluntad, se contentó como habia hecho ya otra vez, con tirarle violentamente de la casaca, diciéndole con tono imperioso y hasta casi duro:

—Sentaos, Roland!

Y el jóven dejóse caer en su asiento.

Pero entre todos los presentes el que, en apariencia á lo menos, se había mantenido mas impasible durante la referida escena, era un hombre de treinta y tres á treinta y cuatro años, de rubia cabellera, barba roja, tranquilo y bello semblante, grandes ojos azules, delgados y expresivos labios y elevada estatura, cuyo acento extranjero descubria á un natural de la isla cuyo gobierno nos hacia á la sazón tan cruda guerra, á juzgar por las pocas palabras que se le habian oido. Aunque con el acento de que acabamos de hacer mencion, hablaba la lengua francesa con una pureza poco comun. A la primera palabra que pronunció, reconociendo el de mas edad de nuestros dos viajeros el acento de la otra parte del canal de la Mancha, volvióse vivamente hácia su compañero, acostumbrado á leer en la mirada sus pensamientos, como preguntándole si era posible que se encontrase un inglés en Francia, cuando por razon de la guerra encarnizada que se hacian las dos naciones, emigraban naturalmente todos los ingleses de Francia, como los franceses de Inglaterra.

Probablemente no encontró Roland explicacion satisfactoria; pues se contentó con bajar los ojos y encogerse de hombros, como diciendo:

—Me parece tan extraordinario como á vos mismo; pero si vos, el matemático por excelencia, no encontráis la solucion del problema, no esperéis sea yo quien pueda resolverlo.

Lo único que pudieron sacar en limpio fué que aquel

hombre rubio, de acento anglo-sajón, era el viajero cuyo elegante carruaje habian visto, pronto á marchar en la puerta de la posada, y que dicho viajero era de Lóndres ó al menos de alguno de los condados ó ducados de la Gran Bretaña.

Hemos dicho que eran muy pocas las palabras que habia proferido, y lo eran tan cortas, que en realidad mas eran exclamaciones que palabras; únicamente á cada explicacion que á su ruego se le hacia sobre la Francia, el inglés sacaba una cartera del bolsillo, suplicando, lo mismo al tratante en vino, que al abate, que al jóven noble, tuviesen la bondad de repetirlo, lo cual habian hecho todos con una complacencia igual á la cortesanía con que se les pedia, tomando nota el inglés de lo mas importante, extraordinario ó pintoresco sobre la detencion de la diligencia, el estado de la Vendee y de los *Compañeros de Jehú*, dando cada vez las gracias con la voz y el gesto, con aquella rudeza particular á nuestros vecinos de la otra parte del canal, y volviendo á meter en el bolsillo la cartera, enriquecida cada vez con una nueva noticia.

Finalmente, como un espectador gozoso por un acontecimiento inesperado, llenóse de satisfaccion al presentarse el hombre con máscara, haciéndose todo orejas y abriendo desmesuradamente sus grandes ojos, sin perderle un instante de vista hasta que se hubo cerrado tras él la puerta. Sacando entonces con visible interés la cartera:

— Oh! caballero, dijo al que tenia á su lado, que no era otro que al abate, tendreis la bondad, si yo lo hubiese olvida-

do, de repetirme palabra por palabra lo que ha dicho el gentleman que acaba de salir?

Púsose á escribir en seguida, y auxiliada su memoria con la del abate, tuvo la satisfaccion de transcribir íntegra y literalmente lo que el compañero de Jehú había dicho al ciudadano Juan Picot.

Cerrando despues y metiendo de nuevo en el bolsillo el libro de memorias, exclamó con un acento que comunicaba cierto aire de originalidad á sus palabras:

— Oh! únicamente en Francia suceden tales cosas; la Francia es el país mas curioso del mundo. Yo estoy contentísimo, caballeros, de viajar por Francia y conocer á los franceses.

Fueron dichas con tanta galantería las últimas palabras, que al oirlas salir de una boca tan seria, era imposible dejar de dar las gracias al que las había pronunciado, siquiera fuese descendiente de los vencedores de Crécy, Poitiers y Azincourt.

Fué el mas jóven de nuestros dos viajeros el primero que contestó á este cumplimento, con el tono de indiferente causticidad que parecia serle natural.

— A fe mia, soy de vuestra misma opinion, milord; digo milord, porque presumo sois inglés. — Sí, caballero, contestó el gentleman, tengo efectivamente el honor de serlo. — Pues, como os decia, prosiguió el jóven, estoy admirado de viajar por Francia y ver lo que pasa. Es preciso vivir bajo el go-

bierno de los ciudadanos Gohier, Moulins, Roger-Ducos, Sieyés y Barras para presenciarse semejantes infamias; y cuando dentro de cincuenta años se cuente que en una ciudad de treinta mil almas, en medio del día, se ha presentado un salteador de caminos, cubierto el rostro con una máscara, con sus pistolas y sable al cinto, para devolver á un honrado negociante doscientos luis que le había robado el día anterior; cuando se añada que esto pasó en la sala de una posada, delante de veinte ó veinte y cinco personas que se hallaban comiendo, y que este bandido modelo se retiró sin que ninguno de los presentes pensase en detenerle, es indudable que se tratará de solemne embustero al que se atreva á referir tal anécdota.

Y agitándose el jóven en su asiento, empezó á reír, pero con una risa tan nerviosa y estridente, que todos le miraron con extrañeza, mientras que su compañero tenia en él fijos los ojos, con una inquietud casi paternal.

— Caballero, dijo por fin el ciudadano Alfredo de Barjols, quien al igual que los demás, parecia impresionado de aquella extraña modulacion, mas triste, ó mejor mas dolorosa que alegre, la cual esperó antes de contestar cesase del todo; caballero, permitidme os haga observar que el hombre que acaba de salir no es, como habeis dicho, un salteador de caminos. — Bah! pues entonces qué es? — Segun todas las probabilidades, es un jóven de tan buena familia como vos y yo. — El conde de Horn, á quien hizo guillotinar el regente

en la plaza de la Greve, era tambien un jóven de buena familia, y la prueba es que toda la nobleza de París envió sus coches á la ejecucion.—El conde de Horn, si mal no recuerdo, habia asesinado á un judío para robarle una letra de cambio que no se hallaba en disposicion de pagarle, y nadie osará deciros que un compañero de Jehú haya tocado ni un pelo de la cabeza á un niño.—Bueno, supongamos que la institucion tenga un objeto filantrópico, cual es el de restablecer el equilibrio entre las fortunas, corregir los caprichos de la casualidad, reformar los abusos de la sociedad; no por esto, no por ser un ladron por el estilo de Karl Moor, dejaria de ser vuestro amigo Morgan, ... no es Morgan como ha dicho que se llamaba ese honrado ciudadano?—Sí, contestó el inglés.—Pues bien, no por esto dejaria vuestro amigo Morgan de ser siempre un ladron.

El ciudadano Alfredo de Barjols se puso extremadamente pálido.

—El ciudadano Morgan no es amigo mio, contestó el jóven aristócrata, y si lo fuese, me creeria honrado con su amistad.—Sin duda, repuso Roland con una gran carcajada, pues, como dice M. de Voltaire:

La amistad de un gran hombre es un beneficio de los dioses.

—Roland! Roland! le dijo en voz baja su compañero.—
Oh! general, contestó Roland, dejando tal vez de intento

escapar el título que acababa de dar á su compañero, permitid que continúe con el señor una discusion que me interesa en alto grado.

Encogióse este de hombros.

—Quizás, ciudadano, prosiguió el jóven con una extraña persistencia, haya equivocado el nombre: hace dos años que salí de Francia, y como durante mi ausencia han cambiado tantas cosas, trajes, costumbres, acento, podria bien ser hubiese cambiado tambien la lengua. Qué nombre dais en la lengua que se habla hoy en Francia al acto de detener las diligencias y apoderarse del dinero que conducen?—Caballero, contestó el jóven noble con el tono de un hombre decidido á sostener la discusion hasta el último extremo, á esto llamo yo hacer la guerra; y sino, vuestro compañero, á quien acabais de dar el título de general, podrá deciros, en su calidad de militar, que prescindiendo del placer de dar y recibir la muerte, los generales de todos los tiempos no han hecho otra cosa que lo que hace el ciudadano Morgan.—Cómo! exclamó el jóven, cuyos ojos parecian despedir chispas, os atreveriais á comparar...—Dejad que desarrolle su pensamiento, Roland, dijo el jóven trigueño, cuyos ojos, al revés de los de su compañero que parecian haberse dilatado para arrojar llamas, se cerraron bajo sus largas cejas negras para ocultar lo que pasaba en su interior.—Ah!, dijo el jóven con su acento resuelto, ya veis que tambien á vos empieza á interesaros la discusion.

Volviéndose luego hácia el que parecia haber elegido por antagonista :

—Proseguid , caballero , proseguid , le dijo ; el general lo permite .

Sonrojóse el jóven noble de una manera tan visible , como habia palidecido poco antes , y apretando los dientes , apoyando los codos en la mesa para acercarse lo mas posible á su adversario , con un acento provenzal , que se notaba mas y mas á medida que iba animándose la conversacion :

— Toda vez que el general lo permite , repuso , recalcando estas palabras , tendré el honor de decirle , y á vos , ciudadano , de rechazo , que recuerdo haber leído en Plutarco que , cuando marchó Alejandro á la India , contaba únicamente con diez y ocho ó veinte talentos de oro , cosa de ciento , ó ciento veinte mil francos . Ahora bien , creéis que fué con estos diez y ocho ó veinte talentos de oro que mantuvo su ejército , ganó la batalla del Gránico , sometió el Asia Menor , conquistó Tyro , Gaza , la Syria , el Egipto , rindió Alejandría , penetró hasta Libia , haciéndose declarar hijo de Júpiter por el oráculo de Ammon , avanzó hasta el Hyphasso , y como rehusasen sus soldados seguirle mas lejos , regresó á Babilonia , para sobrepujar , en lujo , afeminacion y molice , á los mas lujosos , derrochadores y voluptuosos reyes del Asia ? De la Macedonia sacaba él sus recursos ; y creéis que el rey Filipo , uno de los mas pobres reyes de la pobre Grecia , estaba en disposicion de satisfacer los libramientos que

contra él expedia su hijo ? De ningun modo : Alejandro hacia como el ciudadano Morgan ; solo que en lugar de detener las diligencias en medio de un camino , saqueaba las ciudades , ponía á tributo los reyes , é imponía contribuciones á los países conquistados . Pasemos á Annibal . No ignorais de que modo salió de Cartago , sin contar siquiera con los diez y ocho ó veinte talentos de oro de su predecesor Alejandro ; pero , tambien como á él , le faltaba dinero ; toma y saquea , en medio de la paz y contra la fe de los tratados , la ciudad de Sagunto ; desde entonces fué rico y pudo ponerse en campaña . Dispensad , esto no es de Plutarco , es de Cornelio Nepote . Omitiré su descenso por los Pirineos , su subida por los Alpes , las tres batallas que ganó , apoderándose cada vez de los tesoros del vencido , y me limitaré á los cinco ó seis años que pasó en la Campania . Creéis que él y su ejército pagaban tributo á los capuanos , y que los banqueros de Cartago , que se hallaban con él en desacuerdo , le facilitaban recursos ? No : la guerra mantiene la guerra , sistema Morgan , ciudadano . Pasemos á César . Ah ! César , este ya es otra cosa . Parte para España con una deuda de treinta millones á lo menos , la extingue al poco tiempo , pasa á la Galia y con esta visita que duró diez años hecha á nuestros antepasados , remite cien millones á Roma ; vuelve á pasar los Alpes , atraviesa el Rubicon , marcha derecho al Capitolio , fuerza las puertas del templo de Saturno , donde se hallaba el tesoro , y toma para sus necesidades particulares , no para las de la república , barras

de oro de peso tres mil libras, y muere, aquel á quien sus acreedores veinte años antes no querian dejar salir de su casita de la calle Suburra, dejando dos ó tres mil sextercios por cada ciudadano, diez ó doce millones á Calpurnia, y treinta ó cuarenta millones á Octavio. Sistema Morgan siempre, con la diferencia de que Morgan, de eso estoy seguro, morirá sin haber tocado por su cuenta ni la plata de los gallos, ni el oro del Capitolio. Demos ahora un salto de mil ochocientos años, y vengamos al general *Buonaparté*.

Y el jóven aristócrata, como tenian costumbre de hacerlo los enemigos del vencedor de Italia, afectó apoyar sobre la *u* que Bonaparte habia suprimido de su nombre, y sobre la *e* cuyo acento habia tambien borrado.

Irritó esta afectacion vivamente á Roland, quien hizo un movimiento para levantarse, pero le detuvo su compañero.

—Dejad, dijo este, dejad, Roland; estoy seguro que el ciudadano Barjols no dirá que el general *Buonaparté*, como él le llama, sea un ladron.—No, yo no lo diré; pero hay un proverbio italiano, que lo dice por mí.—A ver el proverbio? preguntó el general, sin dar tiempo á su compañero, y fijando esta vez sobre el jóven noble su mirada tranquila y penetrante.—Héoslo aquí en toda su sencillez: *Francesi non sono tutti ladroni, ma Buonaparte*. Lo cual significa: « todos los franceses no son ladrones, pero...—Una buena parte, dijo Roland.—No, pero Buonaparte, contestó Barjols.

Apenas habia salido de su boca esta insolente palabra,

que el plato con el cual estaba jugando Roland, salió de sus manos, estrellándose en la cara del jóven noble.

Las mujeres dieron un gran grito, levantándose los hombres. Roland soltó aquella carcajada nerviosa que le era habitual, volviéndose á sentar.

El jóven aristócrata permaneció inmóvil, aunque salia de su ceja la sangre, cayéndole por la mejilla.

Entró en aquel instante el conductor, con la fórmula acostumbrada de:

—Señores, al coche.

Deseosos los viajeros de alejarse del lugar de la disputa, precipitáronse hácia la puerta.

—Dispensad, caballero, dijo Alfredo de Barjols á Roland, creo no sereis vos de la diligencia?

—No, caballero, soy de la silla de posta; pero estad tranquilo, yo me quedo.

—Y yo, dijo el inglés; que desenganchen los caballos; no salgo.

—Yo me voy, dijo con un suspiro el jóven trigueño, á quien Roland habia dado el título de general; tú sabes que es indispensable, amigo mio, y que mi presencia es absolutamente necesaria allá bajo. Pero te juro que no te dejaria de este modo, si pudiese obrar de otra suerte...

Y al pronunciar estas palabras, descubria su voz una emocion de que por su timbre, ordinariamente firme y metálico, no parecia susceptible.

Roland, por el contrario, parecia hallarse en el colmo de la alegría; habríase dicho que aquella fogosa naturaleza se deleitaba á la vista del peligro que, si no habia provocado, no cuidó á lo menos de evitar.

—Bravo! general, dijo; debíamos separarnos en Lyon, ya que habeis tenido la bondad de concederme un mes de licencia, para ir á visitar á mi familia en Bourg. Son sesenta leguas menos que andaremos juntos; hélo aquí todo. Volveré á encontraros en París. Por lo demás, ya lo sabeis; cuando tengais necesidad de un hombre adicto y reservado, acordaos de mí.

—Quedad tranquilo, Roland.

Mirando luego atentamente á los dos adversarios:—

—Lo primero, Roland, dijo á su compañero con un indefinible acento de ternura, es no dejarte matar; pero, si es posible, no mates tampoco á tu competidor; ese jóven es, á pesar de todo, un hombre de corazon, y yo quiero poder contar un dia con todos los hombres de corazon.—Descansad, general, se hará lo que se pueda.

Presentóse en aquel instante el posadero á la puerta de la sala.

—La silla de posta para París está dispuesta, dijo.

Tomó el general el sombrero que habia dejado sobre una silla; pero Roland siguióle con la cabeza descubierta á fin de que se viese que no queria partir con su compañero.

Nada opuso por lo tanto Alfredo de Barjols, quien podia

además haber conocido que su adversario era más bien de los que buscan un lance que de los que lo excusan.

Bajaron juntos hasta el coche en el que subió el general.

—No puedo remediarlo, dijo este sentándose, tengo un pesar de dejarte solo aquí, Roland, sin un amigo que te sirva de testigo.—Bah! no os inquieteis por tan poca cosa, general; no faltarán testigos: hay y habrá siempre personas curiosas de saber de qué modo mata un hombre á otro.—Hasta la vista, Roland; oyes? no digo adios, sino hasta la vista.—Sí, mi querido general, contestó el jóven con voz casi conmovida, comprendo y os doy las gracias.—Prométeme darme noticias tuyas tan pronto como quede terminado el negocio, ó de hacerme escribir por otro, si no pudieses hacerlo por tí mismo.—Oh! no tengais cuidado, general; antes de cuatro dias recibireis carta mia, contestó Roland.

Y luego con acento de profundo disgusto:—

—No habeis observado, añadió, que pesa sobre mí una fatalidad que no me permite morir?—Roland! dijo el general con tono severo; todavía!—Nada, nada, contestó el jóven meneando la cabeza y dando á sus facciones la expresion de una alegre indiferencia, que debia serle sin duda habitual antes de la oculta pena que á tan temprana edad le hacia desear la muerte.—Bien! A propósito, procura averiguar una cosa.—Cuál, general?—Cómo es que, hallándonos en guerra con la Inglaterra, se pasea por Francia un inglés con la confianza y libertad del que hemos dejado arriba.—Corriente, lo sabré.

—Cómo?—No lo sé aun; pero, cuando os prometo saberlo, lo sabré, aun cuando tenga que preguntárselo á él mismo.
—Calaveron! no faltaba sino que por este lado te engolfases en otro lance.—En tal caso, como es un enemigo, no seria un duelo, sino un combate.—Vamos, otra vez, hasta la vista, y dáme un abrazo.

Arrojóse Roland con profundo reconocimiento al cuello del que acababa de darle este permiso.

—Oh! general! exclamó, cuán dichoso seria... si no fuese tan desgraciado.

Miróle el general con particular interés.

—Un dia, le dijo, me contarás tu desgracia; no es verdad, Roland?

Echóse á reir Roland de la manera dolorosa que ya por dos ó tres veces habia hecho.

—Oh! No á fe mia, contestó, os reiriais demasiado.

Clavó en él de nuevo el general su mirada, como dudando del estado mental de su amigo.

—En fin, dijo, es necesario tomar las personas como son.

—Sobre todo, cuando no son lo que parecen ser.—Te figurarás que soy Edipo, que vienes á proponerme enigmas, Roland?—Ah! si acertais ese, general, os proclamo rey de Thebas. Pero con mis locuras olvido que cada uno de vuestros instantes es precioso, y os detengo aquí inútilmente.—Tienes razon. Se te ofrece algo para París?—Tres cosas: haced presente mi amistad á Bourrienne, mis respetos á vuestro

hermano Luciano, y saludad cordialmente en mi nombre á Mad. Bonaparte.—Lo haré como me lo encargas.—Dónde os encontraré en París?—En mi casa de la calle de la Victoria, y quizás...—Quizás?—Quién sabe? quizás en el Luxemburgo.

Echándose luego atrás como si se arrepintiese de lo que acababa de decir aun al que miraba como su mejor amigo:

—Camino de Orange, dijo al postillon, y á todo escape.

El postillon, que solo aguardaba esta orden, empezó á agitar el látigo, saliendo el coche rápido como una saeta hácia la puerta de Oulle.

III.

El inglés.

Quedó Roland inmóvil en su puesto, no solo mientras iba mirando alejarse el coche, sino un buen rato despues que hubo desaparecido de su vista.

Sacudiendo entonces la cabeza, como para hacer caer de su frente la nube que la oscurecia, entró en la posada y pidió un cuarto.

—Conducid al señor al número 3, dijo el posadero á una de las mozas de servicio.

Tomó esta una llave de una larga tablilla de madera ne-